

De Corina Rodríguez:

A la luz de la luna

UNA tras otra van pasando las carretas al atardecer. Van cargadas de café maduro y dejan en la calle regueritos rojos como vino tinto.

Los niños corren detrás de las carretas. Se suben en cuanto el boyero se descuida, y después se devuelven corriendo, con los ojos llenos de luz de la tarde, con una fruta roja en la boca y la alegría del que tiene una pequeña aventura que contar.

Haberse robado de la carreta unos granitos de café no es más que un pecado venial del que se saca un gran placer.

Cansados de este juego, suspenden el ir y venir y se ponen a saltar sobre los regueritos rojos. Las frutas se precipitan a los caños y se van a recorrer el pueblo, metiéndose por todas partes, y en menos de una hora averiguando la vida y milagros de todos. Las carretas se alejan...

Los niños se dan las manos, hacen una gran rueda en media calle y ponen en el centro una chiquilla que de lo que menos tiene es de viuda.

Los ojos de todos se fijan en ella y se escucha un canto que tiene sabor español y alegría infantil.

*Yo soy la viudita
del Conde Laurel,
que quiero casarme
y no hallo con quien.*

El coro contesta:

*Pues si eres tan linda
y no hallas con quien,
escoge a tu gusto
que aquí tienes cien.*

La viudita, más alegre que unas pascuas, canta con singular entusiasmo.

*Yo escojo a...
por ser el más bello
el blanco jazmín
de Mayo y Abril.*

A lo lejos el canto de los boyeros y el chirrido de las carretas, y en todas las cosas luz de luna y paz campesina.

Azalias blancas

EN el jardín del teatro hay dos matas de azalia blanca. Dos criaturas humildes que ostentan una profusión de flores, que por tener todas las tonalidades ritman con mis caprichos.

La luz casi no puede pasar por entre las hojas y las flores al aprisionarla se sonrojan; se tiñen de color violeta o azulado; se estremecen cubriendo con sus pétalos de seda las moneditas de oro del sol, que danzan bajo la tupida red de hojas verdes.

Todos los días al pasar las miro y me siento tan contenta como cuando veo correr el agua o paladeo con los ojos la llanura verde. Tienen el don de revelar el aspecto más

hondo de la vida, la serenidad. Al trasplantarlas a mi espíritu se han centuplicado, y ahora las llevo para dejarlas en todos los corazones donde mi espíritu penetre, para apagar la vehemencia de los que amo, para no maltratar más y para poner en todas las cosas la nota blanca que las criaturas humildes me enseñaron a escuchar en el jardín del teatro.

Fuego

EL horizonte se baña en sangre y el último rayo de luz de la tarde al caer sobre tus cabellos los transforma en llamas. En el fondo de tus pupilas hay un incendio y tu boca es una brasa.

En el cielo y en tus ojos radiantes, una ansiedad...

Poco a poco vencen las sombras a la luz, y cuando mi alma más te siente, y se arroja para bendecir las tinieblas, se interponen entre tú y yo el millón de ojos de la noche que siguen hasta mis pensamientos y te alejan de mí.

Las sombras me visten de negro, recogen mis manos vehementes; las ponen sobre mi corazón y amortajan uno a uno los frutos de mis callados anhelos para incinerarlos después.

En la quietud de la noche oigo el rechinar de la carne rosada que ante mí queman y el crujir de los huesos.

Las sombras se alejan y las cenizas se coronan de luz al rayar el sol, y mis manos crispadas y llenas de surcos, oprimen contra el pecho el corazón.

Ritmo

EL mar... el manglar... la luz rosada... Tú... Quietud vespertina que evoca el silencio augusto de los templos solitarios que iluminan las lámparas votivas.

En la frágil arena escribe el sol su poema dorado y al caminar delante de ti va echando el oro a tus pies.

Las lanchas de los pescadores dejan una estela que ritma con la belleza de la estrella blanca en el fondo rosado de los cielos.

¿Es la luz, es el mar, es la hora o eres Tú? Algo hay que ha dado mi nota y mi alma se ha puesto a cantar.

Cantan también la estrella, ahora azul, el mar fosforescente, las arenas frágiles y el manglar.

Tú estás en todo lo que yo amo y por eso todo se ha puesto a cantar...

A un desconocido

HE visto el sol coronar de amatista las montañas al atardecer; he visto el oro y la púrpura del paisaje tropical; el manto regio con que se visten las colinas en el verano y la sangre de los cafetos destilando

gota a gota de las ramas; y he pensado en ti, a quien no he visto nunca.

He oído el jilguero cantar, el murmullo de la fronda, el diálogo de los campesinos que se alejan felices por el trillo, que se pierde en la distancia, allá junto a la montaña donde la fuente ríe, y he pensado en tu voz.

Tu voz que tiene todas las cadencias, que puede dar la nota más alta y la más baja, y que yo no he oído jamás.

He tocado el musgo blando, la hierba recién nacida y las rosas aterciopeladas, y he tocado las rocas duras, y he pensado en tus manos.

Tus manos blandas y fuertes, tus manos blancas, por la inquietud surcadas, tus manos misericordiosas y terribles...

Oh manos que no he tocado nunca!

Las granadas abiertas me hacen pensar en tu boca. Mis labios conocieron el sabor de las granadas, paladearon el vino, oraron y acaso maldijeron; pero mis labios no conocieron nunca los tuyos.

La luna como una enorme lágrima de fuego, tiembla en el espacio, sobre la cúpula del templo.

Cuando salgan las estrellas ya me habré hundido en las tinieblas.

El buzón

SIEMPRE en la esquina, vestido de verde, indiferente e inmóvil, como un fakir de la India.

Aunque el dolor lo consuma, o la piedad lo enternezca, su gesto es siempre el mismo, nunca cambia.

A él voy todos los días con un gran cariño, con una gran tristeza, con una terrible inquietud, o con mi carga de ensueños.

Ni siquiera me mira, recibe mi carta y cierra sus labios marchitos y sabios, y después, el chasquido, el grito, el murmullo, el golpe seco o el ¡ay! me dicen lo que siente el buzón.

¡Ah! ¡él sabe que hay manos de manos! El conoce las cartas escritas por las manos de la novia, por las manos del trabajador, del poeta, de los buenos y de los malos.

Hay manos que al tocarlo lo queman y manos que lo acarician, como hay cartas que queman y cartas que acarician.

Por el buzón pasan todos los días mensajes de amor, de angustia y de esperanza.

En su corazón hay ansias infinitas, se devoran odios, se encienden pasiones, se agitan la vida y la muerte y él permanece siempre impassible.

Dichoso que ha visto lo mejor y lo peor de la vida, que la conoce ampliamente, que ha sentido el fuego de las manos apasionadas y el milagro de las manos buenas!

¡Feliz porque lleva por dentro la pena o el goce, sin que su gesto se altere, ni la marcha de las cosas se interrumpa!

San Ramón, Costa Rica, 1923.